

Valencia va perdiendo su personalidad

Un Miguelete desfigurado para siempre

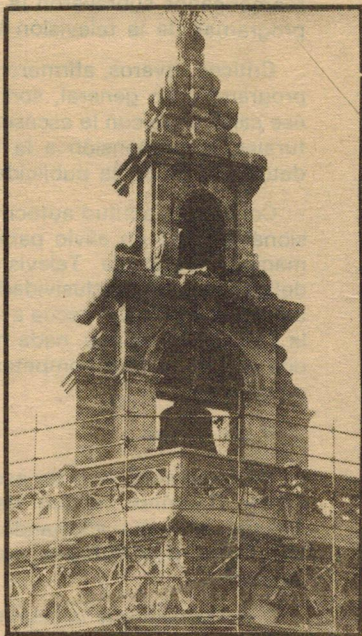
La ciudad va convirtiéndose poco a poco en un amasijo de edificios altos y vulgares, asfalto, grandes almacenes y expendedurías de comida plástica. A la vuelta de sus vacaciones, los valencianos van a encontrarse con la sorpresa de pérdidas irreparables.

ANTONIO ALBIÑANA

Las ciudades, como los individuos, tienen su personalidad, como es bien sabido. Aspectos arquitectónicos, ambientes, colores, elementos indefinibles a través de los cuales uno puede reconocer un entorno familiar distinto del de Pasadena o Estambul. Paulatinamente, Valencia va perdiendo su identidad.

Nuestro protagonista de hoy es un personaje de piedra de algo más de 50 metros de altura que ha cumplido los más diversos papeles en sus ya largos 600 años de historia. Lo mismo servía para las exaltaciones narcisistas y patrioteriles, que para protagonista de un «comic» delicioso de Mariscal. Pero, por encima de todo, era una especie de «totem» en el que se identificaban los valencianos y con el que se identifica a Valencia en cualquier parte.

El Miguelete presidió la vida valenciana y su desarrollo como pueblo o comunidad. Desde su barandilla pudo asistir a los desastres en nombre del «progreso», aunque, no hace tanto tiempo, el escritor Joan Fuster describía así el panorama que se



El Miguelete

CISCAR/FRANCESC

podía gozar si uno se atrevía a subir los 207 escalones de la torre: «...por una parte, el mar: la franja azul fija como la lejanía de un cromo. Por otra, en arco, el horizonte de montañas remotas, difuminadas en la luz de la distancia. Y en el centro, el campo y

la ciudad. l'Horta con su verde multiplicado y cambiante, se mezcla, se funde con las últimas calles de la ciudad... la ciudad ruidosa y dura».

Bueno, pues no han respetado ni el Miguelete. Hace ya bastante tiempo nos echamos a temblar cuando lo rodearon de andamios y cañizos. «Cuidado, lo están sometiendo al "chorro de arena" como técnica de limpieza y lo van a dejar irreconocible», nos decía una profesora de arquitectura. Ahora, cuando empieza a destaparse, la barbaridad supera todo lo imaginable. Miren hacia arriba y vean cómo han sustituido la clásica barandilla de hierro por una horrible balastrada fallera. El Miguelete ya ha quedado desfigurado para siempre en su perfil superior.

Y, sin alejarse mucho, vayan ustedes a ese fulgurante plató de Cinecittá en que convirtieron a la plaza de la Virgen y mirén la puerta gótica de la Catedral. Observarán que faltan algunas estatuas. ¿Qué se ha hecho de ellas? Las hemos perdido para siempre porque, al parecer, se las llevaron a «restaurar» y en el traslado se les deshicieron en mil pedazos. □